

Konis

Knarf G

Image not found.

Capítulo 1

Capítulo 1: Buscando trabajo

El albor de la bulla matutina se oye en la gran ciudad de Lima, de los automóviles, buses y demás parloteos que una caótica ciudad brinda en su diario amanecer. La agitada mañana está sumergida entre una espesa neblina que al paso de las horas se hace cada vez menos densa. Una gélida madrugada pareciera, como si los hombres respiraran agua en el aire, pero no es así. Se puede observar a algunas personas cuidar su salud con el pequeño habito que poseen de salir a correr por las mañanas, quizá con la esperanza de poder respirar el aire puro, aunque esto no sea cierto, por el otro lado otras personas aprovechan su tiempo en el trabajo, y saben que al que madruga, probablemente ese día dios les dé una mano.

Pero esta historia no tiene que ser tan larga...

- ¡Silencio!
- ¿Nani?, digo ¿qué?, ¿Quién osa interrumpirme?
- ¡Tu conciencia sucia, empieza de una pikachu vez, la estas cagando!
- ¡Carajo!.... (-_-)

--1--

Aquella mañana él se había quedado dormido como siempre, ¿pero quién le podía decir algo? Después de todo vivió casi toda la vacación de verano solo, sin nadie, abandonado en su cuarto. Eso pensaba, pero la verdad es que no tuvo interés en salir, apenas iba a los restaurantes de la esquina, compraba pan y comía lo que se le antojaba. "Era una buena vida" se decía, "la delincuencia está en todas partes y por eso no salgo", ese era su refrán, su texto de excusa para quedarse todo el día metido en su cuarto, se había visto todas las series que existían, todas las películas que podían haberse filmado, y aunque fuera estúpido mencionarlo, el tiempo le pareció escaso y rápidamente las vacaciones se estaban terminando. Ciertamente su vida es casi perfecta, en su entender, hasta hoy, mejor dicho, hasta que el dinero se le acabó.

Un extraño ruido albergaba en su cuarto, eran los ronquidos de alguien, parecía un animal. En la cama que estaba a un costado de la habitación se

hallaba durmiendo Koni, como bello durmiente, había cubierto todo su cuerpo con la colcha, como si se hallara en el invierno más crudo del año. Pero su apacible sueño no duraría mucho, en uno de los compartimientos de su catre, hallábase un despertador, uno muy inusual, era cuadrado y de color negro. Apuntaban las 8 en su pantalla, y la imagen de campanita que lo acompañaba empezó a parpadear, instantes después sonó.

El molesto sonido del cantico de un gallo se esparció por todo su cuarto, incluso a la calle. Koni despertó, pero aun estaba medio dormido, e intentó de manera zombiolenta apagar el aparato. Logró silenciarlo para su fortuna, sin embargo en el proceso lo arrastró hasta sus orejas, y allí se quedó.

Pasaron cinco minutos en donde había vuelto casi a conciliar el sueño. Incluso soñaba; un pan le estaba dando cátedra.

El aparato marcó las 8:05 de la mañana, Koni había pospuesto su alarma de forma inconsciente el cual sonaría después de cinco minutos.

El ruido resonó en su oído, le dejó sordo y causó en él un gran susto que incluso saltó de su catre, de manera inexplicable llegó hasta su techo, pareciéndose sujetar del foco instalado allí.

– ¡Soy inocente! –Gritaba por el susto recibido, mientras que las babas le goteaban de la boca–.

Pasado el susto miró el piso y se dio cuenta de que hallábase en el techo, él no se impresionó, así que de inmediato descendió a su cama, cayó de pie, y se dijo a sí mismo. “Buenos días”.

No había mal que apague su sonrisa en esos instantes, estaba de algún modo feliz y preocupado, de hecho empezó sentirse más preocupado porque su estomago empezó a rugir, como si de un hambriento animal se tratase, él se abrazó el vientre con las dos manos y sentó en su catre.

–Cuanta hambre, cuanta hambre... –se decía entre susurros–.

Koni se había quedado sin dinero, su padre no regresaba desde enero, faltaban escasas semanas para que culmine febrero. Y en su mala suerte hubo un día en el que perdió su billetera. Allí estaba su tarjeta especial para menores, de allí sacaba dinero en caso de emergencia.

–Ya vendrá, ya vendrá estoy seguro. – Repetía entre susurros. – ¿y si no viene pronto? –Pensó por último, había dándose cuenta de que faltaban muchos días para el inicio de clases de los colegios, es probable que a esas fechas ya regresaría su padre.

–Me jodí. –Se dijo así mismo.

Los depresivos pensamientos empezaban a rondar la órbita de su cabeza, sabía que moriría de hambre si no hacía algo pronto, sabía que tenía que hacer algo, ¿pero qué? Abrió los ojos después de su delirio de pobreza, y caminó hacia su ventana.

–Que la luz me ilumine. –Dijo, pero no había luz, solo un panorama desalentador, con nubes grises y tristes.

–Bien, no importa realmente... –Entrecerró las cortinas, y dirigió su mirada a su cuarto, y pensó positivamente, luego cedió a la depresión. – ¡¿Qué demonios voy a hacer?! ¡¿Qué comeré?! –Gritó, y quizá logro escucharse en todo el pasillo, incluso quizá pasó el portón grande que mantiene su vigía en la entrada. Se estaba agarrando su cabeza con furor, como demente, sin ninguna respuesta a su alrededor y pensando en hacer cosas que jamás haría estando cuerdo. – ¡Lo tengo! –Volvió a decir, esta vez su rostro tenía una mueca malvada. – ¡¡¡Podría salir fuera, ver a un ancianito y robarle su bolso!!! ¡Muajajajaja!. –Rió como demente–.

Los ojos curiosos de un pequeñín que jugaba en el pasillo lo observaban desde fuera de la ventana de Koni, también lo había escuchado. Aquel niño se quedó como estatua, pues estaba con una cara inmóvil.

Koni seguía riendo como maniático, al darse cuenta de que lo observaban calló de inmediato, luego rápidamente se puso amable y miró al pequeño.

– ¡Es broma! ¡Es broma! –Le decía, desde la otra cara de su ventana–.

– ¡Mami! El chico del cuarto dice que le va a robarle al abuelooo. –Gritó en pequeño jalando su voz.

– ¡Era broma enclenque! –Se limitó a decir y rápidamente cerró su cortina–. ¿Dónde estás privacidad? –Preguntó mientras se escondía y miraba el techo.

Después de su pequeña vergüenza tomó una decisión realmente seria, No tenía dinero, no conocía a nadie en la ciudad, y no sabía cuando regresaría su padre. Entonces, pensó en hibernar, como lo hacían algunos animales; pronto se dio cuenta que era un estúpido.

– ¿Si, buscar trabajo? –Se dijo. –Si, trabajar... ¡Como no se me ocurrió antes! –Aplaudió con sus manos.

Presuroso se dio un baño y se vistió, su cabello ya no se hallaba desordenado ni chascoso, los ojos lagañosos y sudor habían quedado en la

ducha.

Se puso un polero de color blanco y negro, unos jeans no tan apretados, y zapatillas blancas con diseños simples.

– ¡Bien, estoy listo! –Sonrió al término, levantó su mochila negra y corrió hasta el portón por todo el pasillo–.

La señora María había salido a barrer el pasillo, cerca al portón, su pequeño hijo le andaba molestando con que “el chico le quería robar a su abuelo”, María lo ignoraba a su hijo. La mujer, dueña de la gran casa en la que vivía Koni, tarareaba una canción hermosa, barría también presurosa, y había juntado el montón de basura en el piso. María había terminado, y se dirigía a su cocina, el cual se hallaba al fondo del pasillo, subía la escalera tarareando alegremente.

– ¿Qué? ¡¡¡Oye mocoso no corras por el pasillo!!! –Gritó al ver que Koni pasó por la basura juntada, esparciéndola de su orden.

– ¡Lo lamento señora María, le prometo que lo recogeré en cuanto vuelva!
–Respondió Koni, mientras salía por el portón, estaba distraído y no se había percatado de lo que había hecho hasta que oyó los gritos de la señora María, la dueña del cuarto que alquila.

--2--

Las horas pasaban de forma rápida, el cielo nublado con la que había amanecido la ciudad se esfumó con el pasar del tiempo, no sabía cuánto había transcurrido, pero inevitablemente llegaban el medio día.

Los anuncios de trabajos en la ciudad eran abundantes, definitivamente había trabajo para todos, pero no el trabajo ideal para Koni. No era un buen sueldo lo que anhelaba, no era el tiempo que pasaría trabajando lo que le preocupaba. Lo que buscaba era que le paguen ese mismo día.

El calor sofocante lo abrumaba, había entrado en muchos lugares, y no halló lo que buscaba. Además le habían dicho que era menor de edad. Cuando halló el cartel ideal le rechazaron por ello.

Derrotado, sin fuerzas, y con una sed ninfómana se había quedado sentado en el banco de un parque, Allí alzaba su mirada al cielo mientras que su estomago rugía nuevamente.

– ¿Moriré de hambre? –Se preguntaba, mientras movía su nariz de un lado a otro, percibiendo el aroma de deliciosos platos de comida en el aire,

pues cerca habían puestos de comida.

–Carajo–. Susurró, mientras se limpiaba la baba y miraba al cielo.

Una pequeña brisa de aire golpeó su rostro, seguidamente, sus oídos escucharon el chirrido de una moneda.

Una pequeña pasaba frente a él, su padre apresuraba a la niña en sus pequeños pasos que daba con esmero. En su pequeña manita, sostenía cuidadosamente una moneda, el cual en un descuido lo soltó.

La pequeña jaloneó a su padre de la mano, mas este no le hizo caso, parecía llevar prisa. La moneda cayó al piso de cemento y rodó hasta los pies de Koni.

Mientras la pequeña se alejaba más y mas de su adorada moneda.

– ¿He? – Observó a la moneda acercarse hacia él, como si fuera una bendición. – Eso... eso... es. –titubeó. – ¡Una moneda! –Miró a su alrededor, quizá sabia de quien se había caído, quizá no. Por un instante pensó en devolverlo.

–Tengo mis principios. –se dijo. Luego se lo pensó mejor y silbó disimuladamente, era tan actuada su acción que en vez de pasar desapercibido más lo miraban.

Pasó unos minutos y había menos personas a su alrededor, ¿pero quien estaría viéndole a él precisamente? Así que retiró los pies, y notó que la moneda estaba debajo de sus zapatos. Se le arqueó una sonrisa en el rostro. Estaba feliz.

– ¡Gracias Dios mío! ¡Gracias! –Alabó al cielo extendiendo sus manos y arrodillándose en el piso. Era tan exagerado que todos le miraban.

Al darse cuenta de sus gritos las personas le miraban discretamente.

–Qué le sucede. ¿Estará loco? –Susurraban sus dudas–.

Al percatarse de ello, Koni se pone de pie nuevamente. –Insensibles, Qué saben ustedes... –Murmuró.

Estaba feliz, había sido lo mejor que le había pasado en su jodida mañana.

De inmediato se preguntó qué podía comprar, pero el muchacho tan distraído no se fijó de cuanto era la moneda, lo estaba apretando fuertemente con la mano para que no ocurriese una increíble desgracia y

desaparezca de sus manos. Bueno, eso pensaba.

– ¿Cincuenta céntimos? –Dijo al ver la moneda, luego, miró al cielo de reajo, como si digiera al creador: “Tacaño”.

–No importa, peor es nada, dicen. –Dijo luego recuperando su sonrisa. Finalmente entró en un momento de gran responsabilidad, tenía que tomar una sabia decisión, algo que desde lejos no era fácil para él.

Miraba de reajo a todo lugar, incluso podía ver algunos precios. Sudoroso se dio cuenta de que no podía comprar mucho con cincuenta céntimos, de hecho no podía comprar casi nada.

Mientras se agarraba la cabeza pensando, el abrazante sol lo abofeteaba a cada segundo que transcurría, su estómago rugía, y su garganta parecía una llanura desértica, en donde el agua eran meras ilusiones.

– ¡No hay tiempo! –Se dijo. Al ver que en el parque había puestos con elevados precios en sus productos, decidió entonces probar suerte en las bodegas de las calles.

Con gran agilidad y habilidad cruzó la autopista de asfalto, como un torero sorteó los coches. Unos le mentaban la madre, otros insultos que no comprendía.

Y entonces llegó a una esquina, estaba frente al pequeño parque. Débil y agitado se quedó bajo la piadosa sombra que brindaba una sombrilla a un carrito de helado y su vendedora.

Al estar allí quieto, observaba a un pequeño que abría su tapercito de helado, era de sabor chocolate, combinado con vainilla y tenía trocillos de wafer.

–M-a-l-d-i-t-o... –Murmuro Koni entre sus dientes mientras lo veía y babeaba.

El cartel en donde se apreciaban los precios daba una gama variada de helados, grandes, de sabores exóticos, y sobre todo baratillos. Hubo uno que le llamó la atención. Valía tan solo cincuenta céntimos.

Aun con la boca ensalivada se acercó a la vendedora, una hermosa chica de cabello negro, medianamente larga. Sus ojos parecían ser también negros, Koni no le dio mucha importancia en ese momento, tenía demasiada hambre y sed, sobre todo sed. Así que decidió comprarse un helado de cincuenta céntimos.

–Deme uno de cincuenta, por favor –Dijo a la chica.

– ¿De cincuenta? Bien, ¿y qué sabor?

–Chocolate...

La muchacha buscó en su carrito de helado.

–Este es el último, tienes suerte. Toma.

Koni estaba impaciente, necesitaba tragar algo urgente para sentirse vivo, así que rápidamente le entregó el dinero que encontró, volteó luego su mirada para dirigirse al parque nuevamente, cuando de pronto la chica le volvió a llamar.

– ¡Oye, chico! –Le dijo–.

– ¿Qué sucede amiga? –preguntó Koni, ya se había zampado medio helado, y seguía comiendo mientras la vendedora le hablaba.

–Tú moneda no sirve... Está falso. –Afirmó –.

– ¿Qué? –respondió Koni sabiendo lo que eso significaba–.

--3--

— Está falso, está falso —Resonó en su cabeza, como el eco de una campana sin parar.

— ¡Oye! Chico, ¿estás bien? —Decía la vendedora. — ¡Oye! —Alzó la voz para que lo oyera Koni.

Despertó de su aturdimiento por aquellas palabras.

— ¿eh?

Volvió al mundo real, miró con seriedad a la joven.

— ¿Estás segura que es falsa? —Preguntó Koni con la ilusión de que la chica se equivocara.

—Claro que estoy segura, tu moneda esta falsa, no sirve. Cámbiame por

otra.

El muchacho agachó la cabeza, miraba al suelo pareciendo que no sabía lo que haría a continuación.

—No tengo más dinero. —Dijo entre susurros apenas entendibles.

—Perdón, no te he oído, ¿qué dijiste?

Se mordió los labios, apretaba fuerte los puños para darse valor.

— ¡Qué no tengo otra moneda! —Respondió altamente, la chica se había quedado confundida, no sabía que le ocurría al chico.

—Bueno, si no tienes sencillo, yo te puedo dar cambio. No hay problema.
—Le dijo.

Koni volvió a incrementar su valor. Dio dos pasos hacia la vendedora, y se vieron cara a cara, como si fueran a librar una batalla pokémon.

—No me has entendido. —le dijo seriamente. —Esa era la única moneda que tenía, el último dinero. No pensé que estaba falso.

— ¿En otras palabras, no tienes con qué pagarme el helado que te comiste?

—Exacto.

Ambos se veían a los ojos, como si fueran rivales en algo. Luego la joven suspiró.

—uf, Bien, puedes irte entonces... No pienso discutir por cincuenta céntimos. Supongo que no le resta casi nada a mi salario de hoy.

La vendedora se giró y tomó asiento en su banca, poniéndose segundos después a leer un periódico el cual llevaba por titular: La delincuencia, como nunca.

— ¿Te pagan hoy? —Preguntó Koni con interés acercándose.

— ¿Sigues aquí? Empiezo creer que eres un pequeño ladrón. Y qué me estas vigilando.

Koni se rascó la cabeza.

—Nada de eso. —respondió, mientras desviaba la mirada. —Sabes, gracias por perdonarme esa pequeña deuda, creo que eres la primera

persona amable que me topo en esta jungla de asfalto y edificios.

La joven se sorprendió al recibir las gracias de un completo extraño, le ponía 16 años a aquel joven, pero aun así no confiaba mucho en personas nuevas.

—No te preocupes. —Le miró con interés. — ¿Acaso no eres de Lima?
—preguntó después.

—No...

Calló Koni. Luego después de pequeñas dudas preguntó.

—Estoy buscando trabajo, Quizá sepas tú donde puedo conseguir uno, en donde me puedan pagar el mismo día. ¿Conoces alguno?

La joven vendedora le miró con desconfianza nuevamente, parecía un buen chico, se dijo, pero cómo decirle algo a un desconocido.

—No te conozco, no suelo hablar mucho con personas extrañas...

— ¡Me llamo Koni!, mucho gusto... —Le interrumpió con su presentación, el cual estaba acompañada de un apretón de manos, mas una sonrisa radiante y gentil. —Ahora ya no soy un extraño. ¿Cuál es tú nombre?
—preguntó por ultimo.

Correspondió a la sonrisa del chico de manera inconsciente, aquel muchacho era diferente al resto de su edad, al menos esa era la impresión que ella tenía.

—Yo me llamo An... —Estuvo a punto de decir su nombre.

Un sonido de golpeteo sonó en la tapa del carrito de helados, unas manos grandes lo había provocado. Detrás de la joven vendedora se hallaba un hombre medianamente alto y calvo, traía consigo un bivirí y su jean suelto, el cual eran anchos.

— ¡¿Qué sucede aquí?! —Preguntó de mala manera, Koni lo miraba extraño, luego miró a la joven chica—.

El hombre le daba un abrazo, al mismo sus manos rosaban los bordes del brasier de la joven, como si el cerdo quisiera acariciarlas en plena calle.

Sonrió con morbo, mientras observaba a Koni.

— ¿Ya has terminado de comprar tus helados enclenque? —Le dijo

mirándolo fijamente.

Koni lo ignoró entonces y dirigió su mirar a la joven.

— ¿Entonces cómo te llamas? ¿Me dirás si conoces algún trabajo como el que te dije?...

El hombre se enfureció en su corazón, ¿Cómo un enclenque me está ignorando? — Se decía—. Mientras tanto la joven vendedora daba fe de su incomodidad, intentaba quitarse el brazo de aquel hombre, pero no podía.

Golpeó nuevamente el carrito de helados.

— ¡Oe!, pequeña basura, no me gusta que me ignoren mientras hablo, mejor lárgate o trapeare el piso con tu patético cuerpo.

Koni sintió la ira estúpida que tenía ese hombre, no quería tener problemas así que no insistió más en sus preguntas.

Mientras veía a la joven vendedora ser sumisa ante tanta confianza; Koni se preguntaba el porqué lo permitía. Sus ojos eran diferentes a cuando los vio por primera vez, estaban llenas de miedo ahora.

Koni suspiró, seguidamente fingió una sonrisa.

—Hasta luego preciosa, gracias por todo... —Dijo mientras se alejaba hacia el parque entre amenazas del hombre extraño.

--4--

No pudo evitar voltear y mirar a la joven, el sonido de los autos que pasaban la pista dejaban entrever a ese odioso sujeto mientras la acariciaba y coqueteaba.

—No entiendo. —Se dijo Koni.

Y se quedó mirándolo con molestia.

El muchacho había decidido permanecer en el parque, bajo la sombra de un árbol. Vigilaba al hombre extraño, al cual Koni lo había apodado inmediatamente con el sobrenombre de "el Hombre Cromañón". Después de todo se parecía a uno físicamente.

Las horas transcurrían y era inevitable no sentir la fatiga en su estado, fue tanta la espera que habíase quedado dormido a los pies de un árbol del

parque.

Transcurrieron las horas y el sol parecía a una hora de ocultarse. Los ojos somnolientos de Koni despertaron.

— ¿eh? ¡Carajo! —Dijo mientras se ponía de pie y revisaba sus pertenencias. —Sigo completo... uf.

Otro mini-infarto lo asaltó, no hallaba su mochila.

—Genial, esto es perfecto... —Se limitó a decir sarcásticamente. Pues le habían robado.

Recordó el por qué vigilaba al hombre cromañón, dio otro vistazo de forma discreta y observó que seguía allí la chica quien parecía alistando sus cosas. Mas el hombre cromañón habíase ido a alguna parte.

—Perfecto, ahora podré preguntarle sobre el trabajo y su nombre. —dijo mientras sonreía.

— ¿Es hermosa, verdad? —se escuchó a las espaldas de Koni, una voz que le parecía haber oído vagamente antes.

Koni volteó de inmediato, y vio que era el hombre cromañón.

—¡HaAaAa!. —Gritó de susto, que inclusive su alma parecía salirse de su cuerpo. Mientras gritaba, al mismo se ocultó detrás del árbol.

— ¿Es hermosa verdad? —Volvió a preguntar, rió un poco y luego continuó hablando. — ¿Te gusta acaso?, a mí me encanta, su cabellera larga, sus ojos, sus pequeños labios, su cuerpo, su culit...

— ¡Ya entendí! —respondió interrumpiéndolo rápidamente Koni, se le había pasado el susto.

—Ja,ja,ja,ja. —Rió como un villano el hombre cromañón. — Un enclenque como tú no le haría sentir nada una mujer como ella, ¿acaso crees que le gustaría tu gusanito? —Dijo en tono ofensivo.

Koni no se sentía ofendido, lo que sentía era ira. Apretaba los puños con fuerza y dejó de ocultarse en el árbol.

—Parece una buena persona, no deberías hablar así de ella. —Respondió seriamente.

—Todas son iguales, fingen su santidad y bondad, pero yo se que en el fondo les encanta, es solo que son algunas más difíciles de convencer. Pero es un juego para mí, un reto. Si deseara podría hacerla mía a la

fuerza en cualquier instante, pero no, mi deseo es que se deje. Quiero oírle gritar a voluntad. —reía. Mientras que Koni no entendía a qué venía ese comentario.

—Ja,ja,ja,ja. —rió también Koni, luego calló. — Esto no debería importarme, debería irme sin más, ya es tarde... Pero, no me iré sin decirte antes esto: Eres una mierda de persona. No entiendo el por qué permite esas cosas, pero rezare para que la pobre chica se dé cuenta de ello, y que te deje por esa misma razón, estoy seguro que así será. Nos vemos imbécil.

El hombre cromañón era fácil de enfurecer. Un simple insulto y era capaz de golpear a alguien hasta dejarlo agonizando.

Koni pasó por un costado del hombre cromañón.

— ¿imbécil? —Susurró el hombre mientras pasaba a su lado. Luego rápidamente alargó los brazos para poder cogerle del hombro y darle una paliza en el rostro. Koni al sentir ello, con agilidad logró esquivar el primer puñete.

Resonó en el aire incluso aquel fallido golpe, el hombre cromañón había quedado confundido por unos instantes, al dirigir sus pupilas al piso, hallábase a punto de ser golpeado en el vientre. Y así fue.

Había sido derribado por un enclenque, un mocoso con cara de mongol, pensaba.

Nunca había sido un adolescente el factor que hacia nacer la ira en su mente. Rió entonces mientras estaba sentado en el piso.

—Perdón por esto, pero no me dejaste otra opción. —Le dijo Koni, mientras se agarraba los puños.

Al bellaco le importaba un bledo lo que decía. Solo imaginaba las formas en las que lo asesinaría y lo torturaría. Pero no había tiempo para ello.

Las pupilas de Koni se agudizaron, y dio un paso atrás por precaución, como si hubiera visto algo peligroso. El hombre cromañón había sacado una pistola; no le temblaba la mano, ni un poco, como si aquello fuera para lo que había nacido, así que le apuntó y tiro del gatillo.

--5--

Un grito desesperado se oyó en el parque, la cual se alejó corriendo. Todos estaban gritando de susto, mientras oían el sonido de un disparo.

La vendedora se había asustado por ello, parecía haber ocurrido a muy pocos metros de ella, optó por apresurar su paso, se hallaba cruzando la autopista, hacia el parque con rapidez empujando su carrito de helados.

Detrás de un árbol vio un cuerpo tendido, también observó al hombre cromañón levantarse y dirigirse rápidamente hacia ella.

— ¡Tú dame mi capucha rápido! —Ordenó presuroso al verla, para huir de la escena.

— ¡¿Qué has hecho?! ¡¿Estas idiota?! ¡Aléjate de mí!... —respondió la chica, en su mente imaginaba ya lo que había ocurrido.

Sus mejillas sintieron la fricción de una bofetada, el cual la hizo caer al piso.

—Cuídate más que nunca de mí, te estaré vigilándote, y cuidado que me delates, sabes que no te conviene. — Le dejó en claro amenazante.

Luego, al ver nuevamente el cuerpo tendido de un joven, entendió que no era un juego; era peligroso aquel sujeto. Tan peligroso como siempre se lo había dicho.

— ¿Es ese chico?—se preguntó entre sollozos. Y se puso de pie para acercarse a él cuando lo reconoció por su ropa.

Las personas que se habían echado al piso por temor aún seguían inmóviles, asustados. Otros en cambio huían en cuanto se presentaba la oportunidad.

El hombre cromañón llevaba una capucha, y daba marcha a su huida por las veredas del parque, mientras observaba el cuerpo tendido de su víctima.

Su sonrisa y felicidad eran enfermas, estaba satisfecho.

La cabeza de Koni por fin se movió, y miró entonces al hombre cromañón alejarse, ambos parecían haber conectado sus miradas a esa distancia.

El hombre cromañón estaba a punto de cruzar la autopista, cuando de pronto sintió un gran dolor en la pierna, luego en el otro, el cual no le dejaba caminar. Y por un instante creyó ver una bala, el cual se detuvo a sus ojos, luego volvió a perforarle la pierna. Por ello cayó en medio de la autopista, desconcertado.

Otro grito se escuchó desde allí, y los carros chocaron unos con otros para evitar arrollar al sujeto que de pronto cayó en plena autopista

ensangrentado.

— ¿Estás bien? —Pregunta la joven vendedora a Koni, ignorando al hombre cromañón; le revisa y se da cuenta de que no estaba herido.

—Jajaja, casi me orino en los pantalones. —Responde despreocupado.

— ¿Acaso no te ha disparado? ... creí que te habían asesinado...

—No, claro que no, yo también oí el disparo y me eché al piso. Eso lo vi en las noticias, realmente funcionan.

—Las personas están aglomerándose allí, en medio de la autopista...

—Dijo, la joven mientras veía lo mencionado. Un hombre se hallaba tendido sin poder caminar.

La policía al fin llegó al lugar de los hechos. Rápidamente intervinieron en el lugar, lo cercaron y atendieron lo sucedido.

— ¿Seguro que estas bien? —preguntaba la chica, extrañamente preocupada.

—por supuesto. Por cierto, jamás me dijiste tú nombre.

— Me llamo Ángela. — le respondió mientras le ayudaba a ponerse de pie—.

--6--

El sol había cedido su reinado a la oscuridad de la noche, el tránsito ya se iba a restablecer en aquel lugar donde el hombre cromañón quedó tendido.

Los policías y miembros de la ley se hallaban retirando las cintas de seguridad y tranqueras que se habían colocado en el lugar de la escena.

—Vamos, creo que nos hemos ganado una gran cena por ayudarles. —Dijo Sánchez, un detective que se hallaba de descanso, pero por casualidad se encontraban justo en las comisarias cercanas.

— Bien, pero te toca pagar. —Respondió Ramírez, su compañera y amante. Empezaron a caminar — ¿Es muy extraño, verdad? —Preguntó luego.

— ¿Extraño? ¿De qué hablas? —Respondió Sánchez mientras caminaban.

— Del hombre de hoy, de quién más va ha ser.

— Bueno, diría que solo no nos dijeron los detalles minuciosamente. Ese hombre recibió múltiples heridas en las piernas, lo que no logro comprender es que no hayan logrado encontrar las demás balas—.

Llegaron caminando a una pizzería cercana, y subieron.

—Interesante, por las heridas que pude ver, fue un arma de gran calibre, pues traspasó su pierna y probablemente le fracturó los huesos. —dijo Ramírez, mientras tomaba asiento y hacía señas al mesero.

—Olvidemos por estas semanas todo ello, estamos de vacaciones, hay que disfrutarlos Anhalí.

—Tienes razón... a veces la curiosidad me gana.

--Fin—

Capítulo 2

Capítulo II: La venganza del caído.

En aquella habitación resonaba en alto el volumen de la música, puesto que los cuatro muchachos presentes allí lo disfrutaban, mientras, uno de ellos realizaba mímicas con la voz y manos, parecía estar cantando las letras rápidas.

Un vibrado sintió uno de ellos en la mesa de lado, se puso de pie, dejando la cama y se acercó al pequeño mueble, donde el celular empezaba a sonar.

— ¿aló? —contestó, mientras que con un pequeño control remoto le daba pause a la música.

— ¡Hey! Qué pasa.... —dijeron el resto, mientras que uno seguía con la mímica.

—El jefe ha caído, le han atrapado por culpa de un chiquillo realmente tonto. Té contaré lo que vi el día de ayer... —Escuchó a través del teléfono con suma atención.

Los ojos del joven mostraban preocupación al oír la historia del hombre detrás del otro teléfono móvil. Luego de colgar, se dirigió a sus compañeros.

—Tenemos una tarea que hacer, y tiene algo que ver con la novia del jefe.

--1--

Sonaba de manera desesperada el despertador, esta vez el ruido más suave que pudiera tener estos aparatos, el canto de una campana, este había logrado despertar a Koni; estiró los brazos y piernas, como si fuera un gato, luego bostezó; había tenido un hermoso descanso, tras aquel día anterior, en donde ocurrieron cosas extrañas.

Ángela había sido bondadosa con él, pues le recomendó en el trabajo: “Al vender helados, te pagan el mismo día en base a tus ventas” —Le dijo—. Koni estaba feliz, y le agradeció enormemente. Tras ello, Ángela le invitó

algo de comer.

Y llegó el día siguiente, la mañana era despejada, sentía el extraño sentimiento de bienestar, pues por primera vez en su vida tenía un trabajo.

—Bien, es hora de alistarnos. —Se dijo—.

Mientras se cambiaba de ropa, un extraño ruido escuchó, aun no se colocaba las zapatillas, puesto que ese ruidito le generó un interés inmediato y decidió acercarse al emisor de ese sonido, como si rascaran un cartón; parecía emanar desde su pequeño ropero, detrás de este había un pedazo de papel. Al mirarlo tuvo un pequeño susto, pues vio que era un roedor.

— ¡Una rata blanca y anaranjada! — Articuló rápidamente, mientras cogió la escoba en un santiamén. — ¡Quieta! — ordenaba ferozmente, pero al mismo se sentía asustado, pues tenía miedo a las ratas.

Inhaló y exhaló tranquilamente, preparaba su mente y alma para no fallar en el escobazo que daría a aquel pequeño y pobre animal, agarró la escoba y con rapidez dio un gran golpe, parecía haberle dado, pero, al retirar su escoba se vio con la sorpresa de que lo había esquivado.

El corazón se aceleró rápidamente, como si fuera estar en peligro, sus sentidos se pusieron más agudos que nunca, veía en todas direcciones, daba una vuelta entera en su eje. Luego de un silencio desesperante, una sombra pasó entre sus pies, el pequeño roedor corría desesperado, sabiendo que su vida estaba en inminente peligro.

Koni volvió tras sus pasos de la supuesta rata, y temió agacharse debajo de la cama al verlo atrincherarse allí, pues el pequeño podría saltarle a la cara, eso pensó, pero el tiempo no apremia, tenía que apurarse en exterminar al roedor, pues ya eran las 7:30 de la mañana.

La mejor idea que se le ocurrió era ahuyentarlo con la escoba, metiéndola esta debajo de la cama, y así lo hizo, lo deslizaba de un lado a otro, moviendo y generando ruido con los calzados que yacían debajo del catre. — ¿No sale, Dónde te has metido?—. Decía, apresurado y asustadizo. Cuando de repente, sintió una punzada en los brazos, como si algo lo rascara al caminar, venía hacia su hombro derecho. Los pequeños ojos se enlazaron y el roedor saltó encima de él, posteriormente cayó de pie detrás suyo, vio entonces que no era una rata anaranjada, no tenía cola.

— ¡Qué idiota he sido, es un cuy! —Se decía, luego miró el reloj de su catre rápidamente. — ¿7:45? —.

— ¡No puede ser, llegaré tarde el primer día de trabajo, no jodas!

--2--

El gran almacén de helados estaba vacía, todos los vendedores ya habían partido a cumplir con su rutina, el encargado de este negocio era el tío de Ángela, quien daba trabajo a todos por igual, claro excepto a un niño, en su opinión, alguien que tenga mayor de 15 años ya podía ser independiente, pero esto había mermado últimamente, debido a las leyes que se habían modificado en el congreso, y como nunca antes se estaban ejerciendo; “Un menor de edad no debe trabajar”. Decían, pues años atrás, ocurrió un incidente con la explotación de adolescentes, en muchos lugares privados y públicos, de esas fechas las leyes fueron modificadas y puestas en práctica. Pero como en todo lugar siempre habrá orificio por donde respirar, el tío de Ángela daba la oportunidad a todos los que tenían mayor de 15, hasta ahora no ha tenido problemas.

—El muchacho de ayer creo que no vendrá, sería mejor si ya te fueras o perderás ventas, Ángela. —le dijo su tío, mientras se acomodaba las gafas.

—Creí que realmente quería trabajo, bueno creo que tienes razón, guardaré el carrito de helado.

—Bien.

El portón grande estaba siendo preparado para ser cerrada, cuando de pronto apareció muy agitado Koni, corría como loco y aprisa.

— ¡Espere! ¡Espere!—Decía—. —Espere señor Justo.

Justo, era el nombre del tío de Ángela.

—Vaya, vaya, llegando tarde el primer día de trabajo, acaso te desanimaste en venir o qué. —cuestionó el señor Justo—.

—Lo lamento, lo que pasa es que... he... me quedé dormido.

—Bueno, como sea, entra de prisa, Ángela está guardando tu carrito de helados.

— ¡sí!

Koni había entrado al almacén, un gran patio con sombrillas de eternit, sostenida por columnas de cemento mantenían la sombra a todas los triciclos y carritos de helado para jalar. Más dentro reconoció la silueta de

Ángela, quien le escuchó que había llegado.

—Te pasaste, ya son las 8:30 de la mañana, te dije que saldríamos a las ocho en punto. —le dijo, mientras devolvía los helados del tecnopor al carrito, pues había estado guardándolos, pensando que ya no vendría Koni.

—Lo lamento, perdóname, pero bueno, ya estoy aquí, ¿dónde iremos a vender?

—De acuerdo, probemos en el parque santa rosa, para que conozcas el negocio, si deseas mañana puedes ir tú solo.

—Me parece genial. Vamos.

Ambos salieron y tomaron rumbo a su sitio de ventas.

--3--

Las calles de la ciudad eran la misma jungla de asfalto y edificios, coches que dominaban su paso sin respeto, transeúntes con poca paciencia e intolerantes, tan frágil la sociedad, con peligros acechando a cada paso que uno daba. Los hombres habían aprendido a ser observadores de las víctimas de hurtos y agravios, unos cuantos protestaban con temor, pero al final, solo se limitaban a decir; ¿Donde está la policía cuando realmente se la necesita?

— ¡Suéltense! ¡Suéltense! —Decía un pobre hombre, quien era cogoteado en plena autopista, a ojos que no le tomaban importancia.

Los sujetos habíanse hecho con su billetera y celular, acto seguido, con rapidez subieron a un coche y fugaron, riendo, con orgullo de su mejor trabajo.

El celular de uno de ellos sonó entonces.

— ¿Sabes que Juni ha sido arrestado? —Le decía el sujeto tras el teléfono—.

— ¡Qué!, ese calvo de mierda, cómo es posible, si había hasta cambiado su asqueroso rostro. Mi dinero se podrirá con esa basura.

—Por ello es que debemos hablar con él, localizaré a sus pupilos y enviaré el mensaje, o si no nos los cargamos y ya.

—No desesperes Julio, sabes bien que matar al deudor no es un buen negocio.

—Lo siento, entonces ¿Cómo debo mandar el mensaje?

—Déjame a mí. Yo veré el momento. —colgó—.

Aquel extraño hombre, alto y robusto, con unas gafas negras y de piel morena, quien lucía un tatuaje en el hombro izquierdo, pareciendo arte abstracto. Ordenó que el coche parase...

—Bien, han visto como lo hemos hecho, no es difícil, por eso el más fuerte y ágil tiene que sostenerlo del cuello, y ya saben que sigue de allí. —les dijo a sus acompañantes, quienes parecían ser aun menores—. Espero hayan aprendido algo mas hoy. —Bajó del coche y se perdió entre la gente—.

--4--

El día era estupendo, pues el temible sol acojonaba a cualquiera, y las ventas de los productos fríos eran por doquier, raspadillas, helados, refrescos y entre otros.

La penumbra habían sufrido los cuatro muchachos, pues se dividieron en busca de la supuesta "ex" de su jefe, en este caluroso día no habían sido muy afortunados, pero para mala fortuna de otros, sus esfuerzos dieron frutos.

Uno de ellos, al que le apodaban "QUISCA" logró dar con su paradero, Ángela lucia radiante ante sus ojos.

— ¡Jefe! La he encontrado... —Dijo por el teléfono, un mensaje textual instantáneo.

— ¿Dónde está?

—En el parque Santa Rosa. —respondió, guardó su celular y pasó cerca de ambos vendedores, quienes atendían a un cliente.

Ángela lo reconoció pues ya lo había visto antes, de inmediato sintió algo de temor. Pero disimuló hábilmente, y fingió no haberlo visto.

Poco después llegaron sus cómplices, esperaron audazmente que la chica estuviera sola. Y no tardó en ocurrir ello.

Koni habíase dirigido al baño, algo difícil de encontrar en pleno lugar, quizá demoraría mucho.

Una brisa ligera sopló en aquella tarde, aun calurosa, Ángela se asustó al reconocer a esos cuatro muchachos, ya los conocía.

— ¿John?, qué quieres. —preguntó a la defensiva, mientras los otros se sentaban en las bancas que se hallaban alrededor.

—No tengas miedo, no vamos ha hacerte nada, solo quiero que me digas, qué le pasó al Juni.

Ángela la miraba con dudas.

—El se fue, de allí no supe nada más.

—Eso no me dijeron los que te vieron, dicen que tú le entregaste su casaca, luego se desmayó en plena pista. Ensangrentado. Solo quiero saber tu versión, no quiero que los demás chicos vayan a pensar que lo has envenenado de alguna forma.

— ¡¿Qué?! ¡Estás loco, yo jamás haría eso!

John sentía cierto grado de respeto, porque una vez le salvó, estaba algo agradecido en su corazón, aun así su rostro no dejaba de mostrar un semblante agresivo y malvado.

—Ángela, el Juni está en prisión, herido y solo, deberías visitarle como buena enamorada, ¿no crees?

— ¿Buena enamorada? —resonó en sus pensamientos, le recordó la ira que sentía ver su rostro en su mente, pero era más el miedo, aquel hombre era peligroso, y realmente había ignorado a aquel sujeto, esperando en sus pensamientos jamás volver a saber de él, pero era la piedra que no le dejaba ser libre.

—Sabes bien de lo que es capaz, lo digo por tú bien. —Agregó John—.

—Está en la cárcel, no puedo visitarlo, además no saldrá de allí en un buen tiempo...

—Eres tonta, la cárcel es como su hogar, puede hacer jugadas que le beneficien. —Pausó— Iremos a visitar a Juni, le diremos que le mandas saludos y que no has podido ir con nosotros a visitarle, pero piénsalo bien, ya sabes lo que ocurrirá si lo haces enojar...

Ángela sintió un escalofrió recorrer su piel, era evidente su temor hacia aquel hombre, los muchachos se pusieron de pie, luego todos dirigieron

a visitar a su jefe. John volteó unos instantes antes de perderse entre la gente, y entonces vio llegar a Koni nuevamente, quien hablaba con Ángela.

—Fue difícil encontrar el maldito baño, uf... —dijo Koni a su regreso, el rostro de Ángela llamaba su atención. — ¿Ocurre algo? ¿Ángela?

—No, nada. —Sonrió—.

--5--

La entrada principal de la cárcel cerraba sus puertas, había ingresado con éxito John, los demás se quedaron afuera, esperando. Un guardia le informaba al preso de su agradable visita, el hombre hallábase echado en su catre, como si anduviera de lo más cómodo posible.

John alzó su mirada tras oír los pasos de los guardias y los de su jefe. Una vez solos, asegurándose de que nadie los oyera, hablaron.

— ¿Y los otros? —Preguntó el jefe—.

—No los iba a traer, sabes que es muy... rochoso.

—Supongo, pero te has demorado en venir. Bueno, ahora tengo un trabajo para ti. —le decía a John, entre susurros—.

— ¿No me dirás quien te ha dejado casi invalido?

—De eso trata tu siguiente trabajo, pero lo que te diga no debe enterarse nadie, ¿entiendes? Sería humillante pensar que un mocoso me haya hecho esto.

John lo miraba con dudas y curiosidad.

— ¿De quién se trata?— preguntó curioso—.

—La p*rra de Ángela debe de saber, se veían muy de confianza, pero era un chiquillo de solo 15 años aproximadamente, quiero que le saques toda la información sobre ese chiquillo, estoy seguro de que debe saber algo.

— ¿Y si no sabe nada, qué hare? —sus pensamientos le recordaron al muchacho que vio junto a Ángela antes de que se alejara completamente.
— ¿un adolescente, tiene tres mechones en la frente?

Su jefe se impresionó...

— ¡sí! ¿Ese mismo, acaso lo viste?

John afirmó moviendo la cabeza.

— ¡Es ese enclenque!, quiero que lo atrapes y le des pasaporte pal otro mundo. Demuéstrame que serás mi digna mano derecha.

John puso el semblante serio.

—Aprenderá que nadie se mete con nosotros... —Dijo—.

—Toma, esta es la dirección de Amanda, ella te dará lo necesario. ¿Ahora, trajiste algo útil para mí? —Preguntó Juni—.

John le entregó un celular oculto, había logrado pasar por la puerta de seguridad con éxito, luego de eso, ambos se despidieron con un apretón de brazos, seguidamente John salió del centro penal.

— ¿Qué pasó? —preguntó uno de ellos—.

—No me dio muchos detalles, solo se quien es el responsable, con eso basta.

— ¿Bien qué planes ahora? —Preguntó Quisca—.

—Es lo que hay que hacer hoy, y mañana lo llevaremos a cabo.

—respondió John, y diríjanse a su guarida de siempre, la habitación de este.

— ¿y le diste saludos de parte de Ángela? —Preguntó nuevamente Quisca—.

John se detuvo en su marcha, meditó por unos segundos...

—M*erda...

--fin--

Capítulo 3

Capítulo 3. Ejecutando el plan

—Hoy iras solo, veremos que has aprendido el día de ayer sobre vender helados. —Le dijo el señor justo, terminaba de hacer las cuentas—.

—Okay —respondió Koni—.

—No me mires de mala manera, tómalo como una prueba muchacho.

Koni no quería andar solo por la ciudad, y más cuando apenas conocía ciertas avenidas. Mientras salía por el portón su mente maquinaba pensamientos, lugares donde podía ir el día de hoy: “Puedo ir donde se dé la gana” decía.

El señor Justo les deseó buena venta y se despidió de ellos, Ángela también le deseó suerte y se alejó rumbo a otros lugares de venta. El muchacho optimista y sonriente caminó en dirección al éxito en ventas, así decía; sin embargo no se percató de que ojos extraños lo vigilan.

--1--

La pandilla del hombre cromañón, liderada por John había trazado un plan el día anterior, el plan de hacer pasar un gran susto al muchacho de los helados. Koni no tenía idea del mal día que tendría, y ellos no sabrían que las cosas no saldrían como lo planearon.

El celular de John sonó, era un mensaje.

—Bien, nuestra presa salió del corral, activen su ubicador y vean la posición de Quisca, le seguiremos de lejos.

—Esto será pan comido, luego podemos ir por unas aguas. —dijo uno de los muchachos, le apodaban el gringo, tenía el cabello medio rubio, medio marrón.

—Me has leído la mente, unas aguas que estén bien heladas, como el polo norte. —agregó el otro muchacho, este era moreno y crespo, era el más alto del grupo—.

Ambos muchacho observaban que John estaba callado.

— ¿qué te sucede, no estás de ánimos hoy? —le pregunto uno de ellos—.

—por supuesto que sí, venga, comencemos. —Respondió John—.

--2--

Las horas transcurrían y Koni no dejaba de caminar, había vendido ciertamente, pero no como el día anterior, de hecho era muy inferior sus ventas.

—Iré a un parque —se dijo, y así lo hizo, un pequeño parque libre que había sido puesto en plena ciudad fue el lugar perfecto para poder descansar y comenzar a vender como loco, aquí había gente, había movimiento.

Koni encontró un árbol que le brindaba una pequeña sombra, allí tomo asiento en una de las bancas, esperó a que la suerte mejorara.

Pasaban entonces segundos, minutos y más minutos, movía los pies de forma nerviosa y desesperada por no tener ventas, era ridículo que la gente no le comprase en tremendo calor que hacía.

Las personas transcurrían de arriba para abajo, mientras Mayu solo podía observar aquello, debes en cuando decía con voz algo apagada; "helados, helados".

Quisca había pasado más de una vez ante su presencia, lo hiso varias veces que Koni empezó a reconocerle, era algo sospechoso. En uno de esos momentos Koni decidió preguntarle, a los ojos de el parecía un muchacho perdido.

— ¡Oye! Tú, ¿acaso te perdiste? —le preguntó con una sonrisa—.

Quisca se puso nervioso, creyendo que quizá se había dado cuenta de que lo estaban vigilando.

—No, no —respondió titubeando—. Bueno veras... estoy buscando el Parque Santa Rosa —le dijo—.

— ¿El parque Santa Rosa?

— ¡sí!

Koni rió, y mientras lo hacía señaló detrás del muchacho, señaló a la imagen que había de una mujer devota orando, encima de esta había un

gran letrero que decía: "Santa Rosa".

— ¿No es este el parque Santa Rosa? Le preguntó.

Quisca quedó como idiota.

— ¡Es verdad! Qué idiota he sido, gracias joven... —dijo—.

Koni miró de reojo, observó un extraño rostro, extraño y algo conocido, ya lo había visto antes. Solo que no lo recordaba.

Por un pequeño lapso de tiempo se dio cuenta que era observado, y pensó el retirarse del lugar, era algo sospechoso.

— ¿Ya se va? —Preguntó Quisca—

—Sí, tengo que seguir vendiendo, no vemos...

—Hasta luego, joven.

Koni empezó a caminar sin rumbo, y lo que sospechaba resultó en gran verdad, una persecución empezó en ese instante, y dio por positivo el hecho de que lo estaban vigilando.

En una avenida empezó a correr como loco, y los que lo seguían también lo hicieron.

Koni estaba agotado, no sabía quiénes eran, y ni siquiera sabía porque lo seguían. Había alejarse del asfalto y de las pistas, llegó a una pampa de arena algo extensa. Para él estaba claro ya, estos muchachos querían robarle.

Agotado y sudoroso corría, incluso en su cansancio llegó a soltar el carrito en un descuido. Este no se dio cuenta hasta verlo a una distancia considerable.

Vio entonces al muchacho (Quisca) con el que había entablado una conversación en el parque, este se detuvo junto a sus tres compinches en el lugar donde el carrito de helados quedó varado. Abrieron y sacaron cada uno un helado para calmar la sed que les había provocado el perseguir a Koni.

Al ver esto, Koni solo se limitó a decir:

— ¡Que hijos de...!

Luego de tomar cada uno un helado continuó la cacería, esto no le gustó a Koni, pues no parecía que querían robar sus helados, mas parecía que lo

querían a él.

—2—

Estaba a punto de caer rendido en el piso de arena, estaba exhausto y a duras penas vio un pequeño callejón al que decidió meterse sin pensarlo dos veces. Una vez adentro se dio con la sorpresa de que una puerta lo bloqueaba, estaba arrinconado y cansado.

Se sentó agitado, apenas y respiraba. En ese instante llegó la pandilla de Jonh.

— ¡esperen, esperen! —Dijo Koni mientras respiraba rápidamente por el cansancio—. Qué quieren de mí, ¿acaso son mis fans?

Todos se rieron...

—¿Tus fans? No digas estupideces —respondió John—.

—Te metiste con nuestro jefe, por tu culpa le arrestaron, y por eso vas a pagarlo caro. —Agregó Quisca mientras los demás sonreían—.

Koni recordó entonces aquel incidente con el Hombre cromañón.

— ¿Su jefe era ese hombre?

— ¡así es! —Todos se acercaban con intención de darle una paliza—.

—esperen y si mejor les cuento lo que realmente pasó. —respondió sin pensarlo—.

—Nuestros puños hablaran contigo... —le dijeron—.

—3—

— ¿Aló, policía? —se escuchaba detrás del teléfono, era la voz de una chica al parecer.

— ¿Qué desea dígame?

—Un muchacho está siendo asaltado en la avenida los arenales, detrás de las carpinterías y aserraderos.

—Mmmm. Gracias por informarnos, mandaremos de inmediato al serenazgo. —Colgó el jefe de policía—.

— ¿Otro asaltó? Preguntó una voz conocida...

—sí, déjeme llamar a los serenos para que vayan a acudir a los hechos.

—Recogía el teléfono el jefe de policía para la llamada—.

—No se preocupe, estoy aburrida en esta ciudad, le avisare y acompañare yo misma a los serenos. —dijo la voz conocida mientras salía por la puerta.

—Suerte. —Dijo el jefe de policía—.

—4—

El polvo se había levantado, y tres cuerpos volaban por los aires como si un tornado los hubiese elevado y dejado caer en el suelo, el jefe de la pandilla, John observaba estupefacto, asombrado y muy asustado. Era inaudito lo ocurrido y lo que había visto sus ojos.

Por reflejo buscó en el canguro que traía puesto, de allí sacó un arma. Nervioso apuntó a Koni, sus manos temblaban y faltaba un pequeño sobresalto para tirar del gatillo.

— ¡Quieto, quédate quieto! —gritó nervioso y asustado—. ¿Qué mierda has hecho? ¿Qué les has hecho?

— ¡Tranquilízate! Cálmate...

— ¡Cállate!

Koni trato de tranquilizarlo, diciéndole que se calmara, que estaba muy nervioso. Mientras eso ocurría, el gringo, quien había caído cerca Koni poco a poco recobraba su conciencia. En su mente este sujeto pensó en tumbarlo desde abajo, parándose de pie sorprendentemente y reducirlo. Eso pensaba el gringo.

Y así lo hiso. En una escena de tensión, en el donde Koni trataba de calmar a John, quien se hallaba muy nervioso y asustado; cualquier acción inesperada podría hacer que este dispare el arma. Es ahí donde el gringo de manera muy ágil se levanto y cogió del cuello a Koni, haciendo que este se sorprenda, y al mismo tiempo provocando que al jefe sustituto (John) se le escape un disparo.

—¡Ban! —resonó el disparo en tan pequeño espacio-

Ante mirada atónita del John el proyectil se dirige hacia su compañero, pues este había ya protegido a Koni con su cuerpo sin que se dé cuenta. El proyectil avanza tan rápido que de un momento a otro se detiene, como si hubiese chocado un algo impenetrable, pues incluso se apachurro por la misma velocidad que iba; segundos después se oye el impacto en la pared derecha.

John se arrodilla y suelta el arma, creyendo este que había matado a su compañero, pues el proyectil iba a la altura de la cabeza del gringo.

El gringo cayo inconsciente al piso y Koni decidió salir de ahí corriendo, pues ya había hecho lo que tenía prohibido.

— ¿A qué tonto se le ocurre disparar a su propio amigo? – Recrimina Koni-. ¡Mejor me largo de aquí!

Koni sale corriendo dejando atrás a los otros, y al ver la luz de la salida apresura más el paso. Sin embargo cuando logra salir del callejón una señorita lo sorprende, y con una maniobra rápida logra reducirlo y colocarle las esposas.

— Tranquilo muchachito, será mejor que no te muevas tanto... -dice la mujer-

—iiiPero qué carajos!!! ihaaaaaaaaa!

Y se ve el nuevo escenario, una camioneta con 3 serenazgo de las cuales descienden 3 personas y se dirigen rápidamente hacia la pandilla de John, arrestándolos y llevándolos a la comisaria.

— 5—

En la comisaria...

Koni, John y la chica que los arrestó se encuentran en la oficina de la comisaria, hablando con el jefe de policía, este interroga de quien es el arma, mientras que Koni, con voz segura repite que es inocente y una víctima.

Entonces el John, asustadizo y en un ligero estado de confusión afirma ser el dueño del arma y haberle disparado al gringo. Por alguna razón la chica que arresto a Koni no deja de observar al jefe sustituto con una

mirada molesta.

¿Sabe qué tan grave es portar armas sin licencia?, ¿y más si se usa verdad?, usted lo sabe mejor que nadie señorita Ramírez.- pregunta el jefe, a la mujer que arrestó al grupo-

—Sí, supongo - responde con una voz fría-

—No presentare excusas, haga lo que tenga que hacer con John.

—Muy bien...

En ello interrumpe una enfermera, quien entra por la puerta de la oficina...

— ¡Disculpe señor!, el paciente Ismael ya ha despertado, y también los otros muchachos, ya fueron puestos en una celda.

— ¿Y cómo está el paciente Ismael? – Pregunta el jefe de policía-

—Parece ser que sufrió una pérdida de conciencia repentina, aun no sabemos la causa, pero creo que fue el estrés.

—Ya veo, entonces no presenta ninguna herida de ningún tipo de arma...

—así es señor. No hay ningún tipo de herida de bala.

El jefe de policía estaba confundido, pues John había asegurado haberle disparado a Ismael.

— ¿No habías dicho que le disparaste?

— ¿Qué? –Titubeó John —Eso es lo que pasó.

—Como sea, ahora estarán encerrados todos, y tú enano te veo con cara de decir algo. —preguntó el jefe de policía a Koni-

—Sí, no entiendo por qué yo también tengo que ir a la celda, yo tan solo soy una víctima de la delincuencia juvenil...

— ¿Y? algo has debido de hacer para que te amen tanto. – dejó a Koni, con un rostro de resignación.

Después de ser encerrados, Koni pidió hacer una llamada telefónica, pues él llamó a la única persona que podría ir por él en ese momento, pues se hallaba solo en la ciudad.

Esa tarde, Koni llamó a Ángela, quien ya era mayor de edad y pudo ir recogerlo de la comisaria, mientras regresaban al almacén, Koni preparaba su maravilloso discurso para el señor Justo (dueño de los helados), pues tenía que explicar de alguna manera cómo demonios había perdido el carrito de helados.

Cuando estuvieron ya en la entrada del edificio Koni se detuvo.

—No se me ocurre una explicación más convincente, ¿qué le vamos a decir? — preguntó a Ángela

— ¿Vamos a decir?, me suena ha manada, tendrás que afrontar tus actos tu solo. — responde Ángela, con voz sarcástica-

—Okay. —respondió sin fuerzas, triste e impotente.

Ángela le miró con cierta pena, sabía que no era fácil afrontar el hecho de perder algo, y más si ese algo no era suyo. Conocía a su tío, y probablemente le perdonaría aquel error, mas sin embargo trabajaría muchos días sin paga, algo que seguramente Koni no podría hacer; se supone que las cosas no debían salir tan mal hoy.

— ¿Estás listo Koni? —le preguntó, y mientras respondía con un si ligero tocó el portón.

—Disculpen, esta es la empresa de helados, RICOFRIO? Se escuchó preguntar la voz de una chica.

—Si respondió Ángela, quien la observó con interés, más aun cuando vio que jalaba un carrito de helado.

—Encontré este carrito, a un joven se le cayó cuando lo estaban siguiendo unos brabucones, me tomó tiempo encontrar este almacén para devolverlo y ver de quien era.

Koni quedó mudo, volteó su mirada, y vio que era su carrito. Rápidamente en su rostro se dibujó una sonrisa, y de alegría saltó y agradeció a la chica.

—¡Eres un ángel! —le dijo, la muchacha al oír aquello no pudo evitar sonrojarse.

—Fin.